

Discurso del secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, ante la Reunión Especial Ministerial del Grupo de los 77

Señor presidente del Grupo de los 77;
señores ministros;
señoras y señores:

En primer término quiero expresar el agradecimiento de mi delegación al pueblo y al gobierno de Venezuela por su generosa disposición para albergar esta reunión conmemorativa de la creación del Grupo de los 77.

Al acudir a este evento, México reafirma su profunda convicción en la vigencia de los principios de solidaridad y cooperación que sustentan la labor conjunta de los países en desarrollo. Los motivos y los propósitos que originaron la creación y la acción del Grupo de los 77 cobran vigor y renovada actualidad política, ante una situación económica internacional cada vez más adversa para nuestro desarrollo.

El aniversario de nuestro Grupo nos brinda la oportunidad de hacer una evaluación de los resultados obtenidos por el mismo a lo largo de sus veinticinco años de vida, así como para reflexionar acerca de los grandes temas de nuestra agenda para la acción inmediata.

Frente a la magnitud de los rezagos sociales que padecemos, es claro que no podríamos pasarnos otro prolongado periodo de buenas intenciones. Endeudados y pauperizados, nuestros pueblos no

debieran seguir esperando, en el retraso y el subdesarrollo, un futuro mejor, si no se resuelven a actuar en una forma distinta.

Requerimos menos palabras y más acción. Acción de cada país. Reconozcamos que, al margen de discursos, nadie hará por nosotros lo que tiene que hacer cada uno por sí mismo.

Asumir nuestro destino implica aceptar nuestra propia responsabilidad, reconocer nuestras limitaciones y diseñar nuevas estrategias que busquen, de modo más directo y eficaz, las metas que perseguimos. El camino está por la vía de la reforma de nuestras economías, el incremento de la productividad, y una mejor y más justa distribución del ingreso y del poder en cada una de nuestras sociedades.

Hemos visto la incapacidad o la falta de interés —cuando no la oposición— de los países más desarrollados para cooperar en el surgimiento de un nuevo orden económico internacional. El discurso de estos veinticinco años se ha agotado sin que haya habido corrección alguna de la desigualdad entre países ricos y países pobres. Más aún, la brecha se ha profundizado. América Latina, por ejemplo, registra un último decenio de no crecimiento y onerosa transferencia de recursos al mundo industrializado. Ha llegado la hora de cambiar de actitud y tomar en nuestras manos nuestro destino. No hay

alternativas. Es tiempo de incrementar la cooperación entre los países en desarrollo.

Aun sin aceptar las versiones fatalistas sobre el futuro, es un hecho que empiezan a otearse los límites del crecimiento impuestos por la naturaleza del planeta; la distorsión de los modelos de industrialización y las características mismas de la humanidad. Es pertinente una nueva reflexión que nos permita actualizar y profundizar el diagnóstico sobre los procesos ecológicos, y someter a juicio crítico las tesis que pretenden, abierta o subrepticamente, hacer recaer principalmente en los países de menor desarrollo las cargas de las políticas de austeridad a que obligarán estos límites del crecimiento.

No viene mi delegación a proponer un nuevo programa. Estamos aquí para sugerir algunas ideas y para comunicar a ustedes nuestro apego a los intereses y objetivos permanentes del Grupo. Ello implica el compromiso con una nueva reflexión, con una nueva estrategia y, sobre todo, con la nueva acción necesaria para elevar realmente las condiciones de vida de la población de nuestros países.

En un mundo de interdependencias crecientes tendremos nuevas posibilidades, ya no de pedir sino de plantear y, si hiciera falta, de imponer nuevas y más justas soluciones.

En nuestra agenda para la acción figuran viejos y nuevos temas. Deseo destacar cuatro:

En primer término, debemos insistir en que una causa básica de los nuevos problemas económicos de nuestros países radica en una crisis económica internacional. El problema de la deuda es sólo una manifestación de un asunto más profundo y complejo, que surgió hace más de una década cuando se revirtieron los flujos financieros; situación agravada y sostenida por desequilibrios fiscales y financieros en varias de las principales economías del mundo. Hay países que ya no quieren recordar esta realidad. Pero es indispensable reiterarla, porque las recetas de buen manejo económico y disciplina financiera no pueden medirse con una vara cuando se refieren al Norte y con otra cuando tocan al Sur.

Nuestra plataforma debe reconocer también la importancia de la problemática ecológica internacional, que día con día se convierte en un asunto de más graves consecuencias para la humanidad. Debemos dejar establecido con firmeza que la causa principal de los desequilibrios ecológicos y su solución están en los que más tienen. En los que más combustibles consumen y han consumido en el pasado. Son ellos también los que cuentan con más recursos para combatir el deterioro ecológico.

En tercer lugar, es urgente que adoptemos una actitud más decidida y eficaz en la corrección de nuestras propias economías. Cada país, en el marco de las condiciones que le determine su propia realidad y las necesidades sociales de sus pueblos, debe proponerse llevar adelante los cambios estructura-

les necesarios para elevar su productividad y recuperar así el crecimiento y el desarrollo. Sin ello, no se podrá avanzar en el mejoramiento de las condiciones de vida de nuestros pueblos.

Esos cambios internos son indispensables pero no suficientes. No hay ajuste interno, por profundo y duradero que sea, que pueda rendir frutos si el país en cuestión se ve obligado a transferir al exterior una parte importante de sus recursos financieros. Son los países desarrollados, las naciones acreedoras beneficiarias de la transferencia neta de capitales, las que deben tomar las medidas necesarias para corregir este desequilibrio. Está en sus manos que los ajustes estructurales, cuando se den, signifiquen crecimiento y prosperidad, y no frustración, como hasta ahora ha acontecido en muchas de nuestras sociedades.

Finalmente, es necesaria una actualización del papel del Estado en el desarrollo. El Estado moderno, en nuestras sociedades, tiene y tendrá un significativo papel que jugar en los esfuerzos por la recuperación del crecimiento. El Estado, como agente activo en la economía, puede tener un importante papel en el proceso productivo, siempre que lo haga con alta eficiencia y productividad. Las empresas estatales tienen que ser competitivas en el plano interno y a nivel mundial. Y pueden serlo. Lo son en algunos países y sectores. El futuro de nuestras economías demanda una presencia decidida del Estado en la conducción del desarrollo, sin duda. Y también, en algunas ramas, como productor insustituible de bienes y servicios, siempre que lo haga con eficiencia y productividad comparables con las mejores del mundo.

A nuestra manera de ver, los cuatro elementos descritos deben quedar incluidos en nuestra agenda. Algunas de estas ideas han sido ya recogidas por los trabajos preparatorios de esta reunión. Apoyamos cualquier esfuerzo o mecanismo que coadyuve a modernizar y actualizar los métodos de trabajo del Grupo, y nos manifestamos dispuestos a examinar este tema en la próxima reunión ministerial en Nueva York, en septiembre próximo.

Uno de los objetivos fundamentales de este proceso será lograr involucrar a la mayor parte de los gobiernos del Grupo de los 77. La participación activa de nuestros gobiernos es requisito indispensable para que, como Grupo, recuperemos credibilidad y efectividad.

Nos corresponde conducir la sesión especial de la Asamblea General hacia el establecimiento de acuerdos para revertir la actual transferencia neta de recursos del Sur al Norte y para sentar las bases de la reactivación de nuestras economías. Es de nuestro interés renovar la discusión en materia económica en los foros multilaterales, de manera tal que la Tercera Estrategia Internacional para el Desarrollo proponga objetivos y metas ambiciosos,

pero viables y realistas. Para ello, deberá estar concebida en función de los esfuerzos de cooperación e interdependencia, de los ajustes económicos internos para elevar la productividad y la calidad de la vida en cada uno de nuestros países, de la responsabilidad Norte-Sur, y de la vinculación entre la paz y el desarrollo.

El reto que hoy enfrenta el Grupo de los 77 es, sin duda, complejo y formidable. Sin embargo, nos encontramos también ante nuevas oportunidades

para la revitalización de nuestra presencia política en la comunidad internacional.

Este encuentro para conmemorar nuestra historia común es también ocasión para la evaluación y la autocrítica. Unamos la celebración al análisis y a la reflexión para transitar fortalecidos a una nueva etapa.

Caracas, Venezuela, 21 de junio de 1989.